

tor Forns un entusiasta innovador, ni un modernista, para usar la palabra hoy en boga, dentro de la medicina; bien se concibe que quien había pasado casi medio siglo en permanente trabajo científico, viendo levantarse sin cesar y derroscarse hipótesis y teorías, no había de entusiasmarse constantemente con las últimas parecidas. Pero tampoco era sistemático en sus negaciones. Su escepticismo, justificado como el que más, era un escepticismo inteligente; no negaba por ignorancia; dudaba por sobra de conocimientos, y por penetrar á fondo en muchas de las cuestiones que consiguen tan sólo entusiasmar á los que superficialmente las consideran.

Partidario de la colegiación de la clase médica, por entender que ella había de reforzar nuestros lazos de unión y ser al propio tiempo celosa defensora de la dignidad profesional, adhirióse con entusiasmo al proyecto en cuanto salió á luz, contribuyendo moral y materialmente á su realización.

III

A los 66 años de su vida, en pleno periodo de actividad intelectual y física, y cuando su privilegiada organización prometíale larga y provechosa existencia, aparecieron los primeros síntomas de una enfermedad que por ser solapados é insidiosos, pasaron desapercibidos á sus amigos y aún al propio enfermo. Aviniéndose mal la actividad de su espíritu con las deficiencias del organismo en decadencia, empeñóse una lucha en la que el último llevó la peor parte. Tuvo por fin que guardar cama, la que no abandonó ya hasta el día de su muerte, acaecida en 26 de Mayo de 1895.

De arraigadas convicciones religiosas el Dr. Forns, jamás hizo de las mismas vana ostentación. Murió cristianamente como así había vivido.

Basta esta abocetada biografía para comprender que la pérdida de nuestro respetable consocio, representa para nosotros algo, y aún mucho más que la sustracción numérica de un compañero. Era el Dr. Forns genuino representante de una generación médica que ya